

Núm. 36.

P-57-11

MANOLO.

TRAGEDIA PARA REIR,

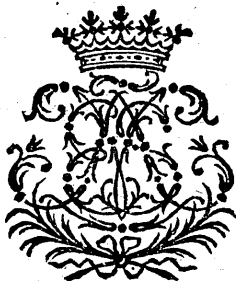
Ó SAYNETE PARA LLORAR.

PRIMERA PARTE. - 11 -

SU AUTOR

DON RAMON DE LA CRUZ Y CANO,
entre los Arcades de Roma Larisio Dianeo.

Decipimur specie recti.
HORAT. Art. Poet.



VALENCIA:

EN LA IMPRENTA DE ESTÉVAN,

AÑO 1816.

*Se hallará en la misma imprenta, frente el horno de Salicofresí
y asimismo un gran surtido de Comedias antiguas y moder-
nas, Tragedias, Saynetes y Unipersonales.*

NA 1090792
NEA 1614007

PERSONAGES.

El Tio Matute, *Tabernero del Lavapies,*
marido de...

La Tia Chiripa, *Castañera.*

La Remilgada, *hija del Tio, amante de*
Mediodiente.

Manolo, *hijo de la Tia, amante pasa-*
do de...

La Potagera, *enamorada (en ausencia de*
Manolo) de...

Mediodiente, *amante de la Remilgada.*

Sabastian, *Esterero, confidente de todos.*

Cemparsa de { *Verduleras.*
Aguadores.
Pillos.
(Y Muchachos.

La escena es en Madrid, y en medio de
la calle ancha del Lavapies, para que
la vea todo el mundo.

ACTO ÚNICO.

ESCENA PRIMERA.

Después de la estrépitosa abertura de timbales y clarines se levanta el telón, y aparece el teatro de calle pública, con magnífica portada de taberna, y su cortina apavellonada de un lado, y del otro tres ó quatro puestos de verduras y frutas, con sus respectivas mugeres; la Tia Chiripa estará á la puerta de la taberna con su puesto de castañas, y Sebastian haciendo soguilla á la punta del tablado: en el fondo de la taberna suena la gaita gallega un rato, y luego salen dándose de cachetes Mediodiente, y otro tuno, que huye luego que sale el Tio Matute con el garrote y comparsa de Aguadores.

Med. **O** Te he de echar las tripas por la boca, ó hemos de ver quien tiene la peseta.

Sab. Aguarda Mediodiente. *Tia Chir.* Pues ¿qué es esto? ¿Cómo no mira quien está á la puerta de la taberna, y salen con mas modo? y no que por un tris no van la mesa y las castañas con dos mil demonios.

Med. Los héroes como yo quando pelean, no reparan en mesas, ni en castañas.

Tia Chir. Yo te aseguro:— *Sab.* Moderaos, Princesa; pues si no me equivoco, el Tio Matute con su gente y sus armas ya se acerca.

ESCENA SEGUNDA.

Tio Matute, su comparsa, y los dichos.

Tio Matut. Esquadron de valientes parroquianos, ya veis que la opinion de mi taberna está pendiente: nadie los perdone, y cada qual les dé con lo que pueda.

Med. Aguárdate, cobarde. *Tio Mat.* No le sigas; y date tú á prision. *Med.* ¿Pues qué mas prueba quereis, si el otro huye, y yo me quedo, de que él os hizo noche la peseta?

Tio Mat. Tengas ó no la culpa, pues te pillo, tú, Mediodiente, pagarás la pena; porque la fama, que hasta aquí habrá roto mas de catorce pares de trompetas por ese Lavapies, preconizando mis medidas, mi vino y mi conciencia, no ha de decir jamas, que hubo en mi casa un hurto que importase una lanteja. ¿Se ha de decir que hurtaron quatro reales en una que es acaso la primera

tertulia de la Corte, donde acuden
 sugetos de naciones tan diversas,
 y tantos petimetres con vestidos
 de mil colores y galon de sedas?
 Aquí donde arrimados los bastones
 y plumas que autorizan las traseras
 de los coches, es todo confianza,
 ¿se ha de decir que hay quien faltó á ella?
 ¿Aquí donde compiten los talentos,
 dempues de delectreada la Gazeta,
 y de cada quartillo se producen
 diluvios de concetos y de lenguas?
 ¿Aquí donde las honras de las casas,
 mientras yo mido, los criados pesan,
 de suerte, que á no ser por mí, y por ellos,
 muchas cosas quizá no se supieran?
 ¿Aquí ha de haber quien robe? ¡Rabio de ira!
 Que se emborrachen, vaya enborabuena,
 que á eso vienen aquí las gentes de honra;
 ¿pero quién será aquel, dempues que beba,
 que hurte, juegue, murmure, ni maldiga
 en el baxo salon de mi taberna?

Med. Matute, ¿qué apostais cagarro un canto,
 y os parto por en medio la mollera?

Tio. ¿Yo amenazado? *Med.* ¿Yo ladron?

Chir. Esposo,
 déxale con mil diablos.

Tio. No pretendas
 que dexé sin castigo su amenaza.

Chir. ¡Ay, Señor! que amenaza tu cabeza;
 y conforme te puede dar en duro,
 tambien te puede dar donde te duela.

Tio. Tú dices bien ¡Ah, cuánto en ocasiones
 las mugeres prudentes aprovechan!

Sab. ¡Templanza heroyca!

Med. ¡Formidable aspecto!

ESCENA TERCERA.

Remilgada, y los dichos.

Rem. La llave me entregad de la bodega,
 que el jarro se acabó del vino tinto.

Tio. Yo tengo capitanes de experiencia,
 y de robusta espalda, que manejen
 mejor las cubas, y subirle puedan.

Chir. Para esta expedicion fuera mas útil
 que no faltase tu persona excelsa,
 no equivoquen el vino veterano;
 pues el que ayer llegó de Valdepeñas,
 aun está moro, y fuera picardía

consentir que cristianos le bebieran.

Tio. ¡Qué discrecion! Ven, pues, porque al momento la llave saques, y el candil enciendas.

ESCENA CUARTA.

Remilgada, Mediodiente, Sabastian y las Verduleras.

Med. ¿Es posible, divina Remilgada, que siquiera la vista no me vuelvas, y la fe que juraste á Mediodiente?

Rem. Yo no me hablo con gente sin vergüenza; ni yo por medio diente mas ó menos, he de exponer mi aquel á malas lenguas, no teniendo otra cosa mas de sobra que los dientes enteros y las muelas.

Med. Ya te entiendo; y te juro, dueño mio, que nunca he vuelto á ver la Potagera, dende la noche que la di la tunda

por darte á ti satisfaccion:- *Rem.* No mientas, que yo el dia te vi de los Defuntos ir cácia el Hespital junto con ella.

Med. No viste tal:-

Rem. Sí vi:- *Dentro suenan unos cencerros.*

Med. ¿Pero qué salva de armonía bestial el ayre llena?

Sab. Esto es, Señor, sin duda, que Manolo, aquel de quien han sido las probezas en Madril tan notorias; aquel jóven que aluno de las mañias y la escuela del ensine Zambullo, dió al Maestro tanto que hacer, en el meson se apea, dempues de concluir las diez campañas, en que la Africa vió: pues su soberbia, no cabiendo del mundo en la una parte, repartió entre las dos su corpulencia.

Med. ¿No es este el hijo de la Tia Chiripa, tu Madrastra, y el que en los patos entra de que ha de ser tu esposo, pues tu padre el Tio Matute se casó con ella?

Rem. El mismo es. *Med.* Pues reniego de tu casta,

¿para qué me dixistes, embustera, que me querias? ¿Este era el motivo de estar conmigo por las noches sería, y de darme sisados los quartillos?

¡O santos Dioses! Yo te juro, ¡ah perra! que has de ver de los dos cuál es mas hombre en medio del Campillo de Manuela, de naaja á naaja, ó de puño á puño, y le tengo de echar las tripas juera.

Rem. No te irites, Señor. ¡Destino alverso,

suspende tus furiosas influencias!

¿Casarme con Manolo yo? Y qué poco:
primero me cortára la caéza. *Med.* ¿Serás firme?

Rem. Testigo el Espartero.

¡Así lo fueras tú! *Med.* Si te hago ofensa,
y falto á mi palabra, que me falten
el vino y el tabaco, la moneda
en el juego:-

Rem. No mas, mi bien, que bastan
los juramentos para que te crea.

Queda en paz. *Med.* Vete en paz.

Rem. Solo te encargo,
que no vuelvas á ver la Potagera.

Med. ¡Ay, que viene Manolo! *Rem.* ¡Ay, que eres tuno!

Los dos. ¡Cielos, dadme favor, ó resistencia!

ESCENA QUINTA.

Mediodiente, Sabastian y las Verduleras.

Med. Cuidado, Sabastian, con el secreto.

Sab. Soy quien soy: soy tu amigo: ve, sosiega,
y tus cosas dispon, pues esto naide
lo sabe sino yo y las Verduras. *Vase Mediodiente.*

¡O amor! quando en dos almas te introduces,

y mas quando son almas como estas,

¡qué heroicos pensamientos las sugieres,

y con qué heroicidad los desempeñan!

Pero Manolo viene, ¡santos Cielos!

aquí del interés de la tragedia,

y porque nunca la ilusion se trueque,

influya Apolo la unidad, centena,

el millar, el millon; y si es preciso,

toda la tabla de contar entera.

ESCENA SEXTA.

*Manolo de tuno con capita corta y montera, y la posible compar-
sa de pillos, y Sabastian.*

Man. Ya estamos en Madril, y en nuestro barrio,

y aquí nos honrará con su presencia

mi madre, que si no es una real moza,

por lo menos vereis una real vieja.

La patria ¡qué dulce es para aquel hijo,

que vuelve sin camisa, ni calcetas!

Sin embargo de que eran de Vizcaya

las que sacó en el dia de su ausencia.

Sab. ¡Manolo! *Man.* ¡Sabastian! Dame los brazos:

y no extrañes, amigo, me sosprenda

de verte en un estado tan humilde.

¿Tú manejar esparto en vez de cuerdas

para asaltar balcones y cortinas?

¿Tú, que por las rendijas de las puertas
introducias la flexible mano,
la aplicas á labores tan groseras?
¿Qué es esto?

Sab. ¿Qué ha de ser? Que se ha trocado
tanto Madril por dentro y por ajuera,
que lo que por ajuera y por adentro
antes fue porquería, ya es limpieza.

Man. ¿Cómo?

Sab. Son cuentos largos; pero, amigo,
tú con tu gran talento considera
cómo está todo, quando yo me he puesto
á sastre de serones y de estereras.

Man. Dime mas novedades. ¿Y la Pacha,
la Alifonsa, la Ojazos y la Tuerta?

Sab. En San Fernando. *Man.* Si sus vocaciones
han sido con fervor, dichasas ellas.

Sab. No apetecieron ellas la clausura,
que allí las embocaron de por fuerza.

Man. ¿Pues qué tirano padre les da estado
contra su voluntad á las doncellas?

Sab. Ya sabes que entre gentes conocidas
es la razon de estado quien gobierna.

Man. ¿Y nuestros camaradas, el Zurdillo,
el Tiñoso, Braguillas y Pateta?

Sab. Todos fueron en tropa. *Man.* Dende chicos
fueron muy inclinados á la guerra,
y el dia que se hallaban sin contrarios
jugaban á romperse las cabezas.

Sab. Permíteme que gane las albricias
de tu llegada.

Man. Yo te doy licencia.

Sab. Pero no hay para qué, pues ya te han visto.

Man. ¡Cielos, dadme templanza y fortaleza.

ESCENA SEPTIMA.

La Tia Chiripa, y los dichos.

Chir. ¡Manolillo! *Man.* ¡Señora y madre mia!
dexad que imprima en la manaza bella
el dulce beso de mi sucia boca.

¿Y mi padre?

Chir. Murió. *Man.* Sea norabuena.

¿Y mi tia 'la Roma?

Chir. En el Hespicio.

Man. ¿Y mi hermano?

Chir. En Orán.

Man. ¡Famosa tierra!

¿Y mi cuñada?

Chir. En las Arrecogidas.

Man. Hizo bien, que bastante anduvo suelta.

ESCENA OCTAVA.

Los dichos, y el Tio, y la Remilgada.

Tio y Rem. Manolo, bien venido.

Man. ¿Quién es este, *Á la Tia Chiripa.*
que tan serio me habla, y se presenta?

Chir. Otro padre, que yo te he prevenido,
porque con la horfandá no te afligieras.

Man. ¿Y qué destino tiene?

Tio. Tabernero.

*Con dignidad, y Manolo y su Comarsa le hacen
una profunda y expresiva reverencia.*

Chir. Y esta, que es rama de la misma cepa,
es su hija y tu esposa.

Rem. Yo fallezco.

Chir. Repárala, qué aseada, y qué compuesta.

Man. Ya veo que lo está.

Chir. ¿Vienes cansado?

Man. ¿De qué? Diez ó doce años de miseria,
de grillos y de zurras son lo mismo
para mí, que beberme una botella.

Tio. ¿Cómo te ha ido en presillo?

Man. Grandemente.

Sab. Cuenta de tu jornada y tus proezas
el cómo por menor, ó por arrobas.

Man. Fue, Señores, en fin, de esta manera:

No refiero los méritos antiguos,
que me adquirieron en mi edad primera
la comun opinion: paso en silencio
las pedradas que di, las faltriqueras
que asalté, y los pañuelos de tabaco,
con que llené mi casa de banderas,
y voy sin reparar en accidentes
á la sustancia de la dependencia.

Dempues que del Palacio de Provincia
en público salí con la cadena,
rodeado del ejército de pillos,
á ocupar de los moros las fronteras,
en bien penosas y contadas marchas,
sulcando rios y pisando tierras,
llegamos á Algeciras, dende donde,
llenas de ayre las tripas y las velas,
del viento protegido y de las ondas,
los muros saludé de la gran Ceuta.

No bien pisé la arena de sus playas,
quando en tropel salió, si no en hileras,
toda la guarnicion á recibirnos,
con su Gobernador en medio de ella.

Encaróse conmigo, y preguntóme:
 ¿quién eres? Y al oír que mi rempuesta
 solo fue: soy Manolo: dixo serio:
 por tu fama conozco ya tus prendas.
 Dende aquel mismo instante, en los diez años
 no ha habido expedicion en que no fuera
 yo el primerito. ¡Qué servicios hice!
 Yo levanté murallas: de la arena
 limpié los fosos: amasé cal viva:
 rompí mil picas: descubrí canteras;
 y en las noches y ratos mas ociosos
 mataba mis contrarios treinta á treinta.

Tio. ¿Todos moros?

Man. Denguno era cristiano,
 pues que de sangre humana se alimentan.
 En fin, de mis pequeños enemigos
 vencida la porfia y la caterva,
 me vuelvo á reposar al patrio suelo;
 aunque segun el brio que me alienta,
 poco me satisface esta jornada,
 y solo juzgo que salí de Ceuta
 para correr dempues las demas Cortes,
 Peñon, Orán, Melilla y Aljucemas.

Sub. Y entre tanto á las Minas del Azogue
 puedes ir á pasar la primavera.

Tio. Habla á tu esposo. *A la Remilgada.*

Rem. Gran Señor, no quiero.

Tio. ¡Qué gracia! ¡qué humildad! ¡y qué obediencia!

Chir. Ven, pues, á descansar.

ESCENA NONA.

La Potagera y los dichos.

Pot. Dios guarde á ustedes;
 y tú, Manolo, bien venido seas,
 si vuelves á cumplirme la palabra.

Man. ¿De qué? *Pot.* De esposo.

Man. Pues en vano esperas,
 que tengo aborrecidas las esposas,
 dempues que conocí lo que sujetan.

Pot. Tú me debes:-

Man. ¿Al cabo de diez años
 quieres que yo me acuerde de mis deudas?

Pot. Mira que de paz vengo, no resistas,
 ó apelaré al despique de la guerra;
 pues á este fin mi ejército acampado
 dexo ya en la vecina callejuela.

Tio. ¡Ola! ¿qué es esto?

Pot. Es un asunto de honra.

Tio. ¡Cielos, qué escucho! aquí de mi prudencia.



(Haced vosotros gestos entre tanto,
que yo me pongo así como el que piensa.) *Pausa.*

Man. ¡Qué bella escena muda!

Tio. Ya he resuelto,

y voy á declararme. *Chir.* Pues revienta.

Tio. Aquí hay quatro intereses. El de mi hija;

el de Manolo, que á casarse llega;

el nuestro, que cargamos con hijastros;

y finalmente el de la Potagera,

que pretende que pague el que la debe,

y es justicia, con costas excetéra.

Manolo ha de casarse con mi hija.

Este es mi gusto.

Pausa.

Resuelto.

Rem. ¡Cielos, qué sentencia!

Tio. Con que es preciso hallar entre tu honra,

y mi decreto alguna conveniencia.

Pot. Mi honor valia mas de cien ducados.

Tio. Ya te contentarás con dos pesetas.

Pot. No lo esperes.

Tio. Pues busca quien le tase.

Pot. Lo tasarán las uñas y las piedras.

ESCENA DECIMA.

Mediodiente, y los mismos.

Med. Yo te vengo á servir de aventurero;
pues hoy quiere el destino que dependa
tu suerte de la mía.

Pot. Yo te estimo

la generosa, Mediodiente, oferta,

porque mientras yo embisto cara á cara,

tú por la retaguardia me defiendas.

Man. Amigo, Mediodiente:-

Med. No es mi amigo,

quien del honor las leyes no respeta:

y sabré:-

Man. ¡Qué sabrás? ¡Cómo á la vista

de este feroz ejército no tiembblas? *Señala á los Pillos.*

Med. Nunca el páxaro grande retrocede,

por ver los espantajos en la higuera.

Pot. Haz que toquen á marcha.

Sab. (Si nos vamos

todos á un tiempo, se acabó la fiesta.)

Med. Yo le ofrezco á tus pies rendido ó muerto.

Rem. ¡Ay de mí! *Tio.* ¿Qué es aquesto?

Rem. Ya que llega

á este extremo mi mal, no se malogre

mi gusto por un poco de vergüenza,

que solo es aprehension; y sepan quantos

aquí se hallan, que por ti estoy muerta;

y que te he de matar, ó he de matarme,
si vuelves á mirar la Potagera.

Med. No lo creas, mi bien ::: mas mi palabra
empeñada está ya por defenderla.

Aquí me llama amor, aquí mi gloria.

¿Dónde está mi valor? ::: Mas mi fineza
¿adónde está tambien? ¡O injustos hados,
qué de afetos contrarios me rodean!

Man. ¡Cómo exprime el cornudo las pasiones!

Med. Pero al fin de este modo se resuelva.

Lidiaré por la una, y á la otra
satisfaré despues. Al arma.

Man. Guerra.

Pot. Avanza, Infantería, á las castañas.

Man. Amigos, asaltemos la taberna;
y á falta de clarines y rambores,
hagan el son con la gayta gallega.

ESCENA UNDECIMA.

Los dichos, y al verso Avanza Infantería salen unos Muchachos, que á pedradas derriban el puesto de castañas, y andan á la rebatina. Manolo y los Tunos entran en la taberna, y suena ruido de vasos rotos. La Chiripa anda á patadas con los muchachos, y luego se agarra con la Potagera. El Tio tiene á la Remilgada desmayada en sus brazos. Sabastian está baylando al son de la gayta: y luego salen dándose de cachetes Manolo y Mediodiente; y á su tiempo, quando le da la navajada, se levantan las tres Verduleras, y van saliendo Tunos y Muchachos, y forman un semicíulo, haciendo que lloran con sendos pañuelos &c.

Man. ¡Ay de mí! Muerto soy. *Med.* Me alegro mucho.

Rem. Ya respirar podemos. *Chir.* ¿Quién se queja?

Tio. No te asustes; no es mas de que á tu hijo
le atravesaron la tetilla izquierda.

Man. Yo muero ::: no hay remedio. ¡Ah, madre mia!
aquesto fue mi sino ::: Las estrellas :::

Yo debia morir en alto puesto,
segun la heroicidá de mis empresas;
¿pero qué hemos de hacer? no quiso el Cielo:
me moriré, y dempues tendré paciencia.

Ya no veo los bultos ::: aunque veo
las horribles visiones que me cercan.
¡Ah tirano! ¡Ah perjura! ¡Ah, madre mia!

Ya caigo ::: ya me tengo ::: vaya de esta.

Caé.

Chir. ¡Ay, hijo de mi vida! ¡Para esto
tantos años lloré tu triste ausencia!
¡Oxalá que murieses en la Plaza,
que al fin era mejor que en la Plazuela!
Pero aguarda, que voy á acompañarte,
para servirte en lo que te se ofrezca.

¡O, Manolo, el mejor de los mortales!

¿Cómo sin ti es posible que viviera
tu triste madre? ¡Ay! allá va eso.

Cae.

Tio. Aguárdate, muger, y no te mueras ::

Ya murió, y yo tambien quiero morir
por no hacer duelo, ni pagar esequias.

Cae.

Rem. ¡Ay, padre mio!

Med. Escúchame.

Rem. No puedo,

que me voy á morir á toda priesa.

Cae.

Pot. Y yo tambien, pues se murió Manolo,

á llamar al Doctor me voy derecha,
y á meterme en la cama bien mullida,
que me quiero morir con convenencia.

ESCENA ULTIMA.

Sabastian, Mediodiente, las comparsas y los defuntos.

Sab. Nosotros nos morimos, ¿ó qué hacemos?

Med. Amigo, ¿ó es Tragedia, ó no es Tragedia?

Es preciso morir; y solo deben
perdonarle la vida los Poetas
al que tenga la cara mas adusta
para decir la última sentencia.

Sab. Pues dila tú, y haz cuenta que yo he muerto
de risa.

Med. Voy allá. ¿De qué aprovechan
todos vuestros afanes, jornaleros,
y pasar las semanas con miseria,
si despues los Domingos ó los Lunes,
disipais el jornal en la taberna?

Cae el telon, y se da fin.